

SIN INTERES:

## LOS INTERESES CREADOS

Comedia en dos actos y un prólogo de Jacinto Benavente. Dirección y puesta en escena de Emilio Acevedo Solano. Escenografía y vestuario de Adolfo Halty. Música de José Yannelli. Elenco de la Comedia Nacional en el Teatro Solís.

Los espectadores que concurren ayer a la reposición de esta obra en el Teatro Solís, recordaban en su gran mayoría alguna representación anterior por parte de las viajeras compañías españolas, y algunos la muy famosa que interpretaran en Montevideo la Membrives y el propio Benavente haciendo de Crispín. Todos ellos se regocijaban con la esperanza de rever "aquella graciosa y espiritual y satírica obra". ¡Tanto puede la transformación de las cosas en la memoria, que va dejando caer la hojarasca para quedarse con algunos trajes llamativos!

Pero cuando empezó a desempolvarse la antigualla sobre el escenario y se desató la catarata de la más tradicional verbosidad española, auxiliada por la poesía, las ilusiones comenzaron a quebrarse.

Los que más se aferraban a ellas pudieron responsabilizar a los intérpretes. Pero es injusto: si culpas hay, débese dividírselas en forma equitativa entre autor y director.

Sólo el empecinamiento de un público de españolísimo cuño burgués ha podido conservar en los escenarios las obras de Benavente, tan carentes de acción como atiborradas de un palabrerío insustancial, a pesar de sus aires de ingenio voluble y oscarwildeano; tan carentes de riesgo e invención como de personajes, los que se agitan a imagen de una comparsa de cartón pintado. Lo único distinto en "Los intereses creados" es: una sátira liviana de las costumbres que quizás erizara de temor a nuestras abuelas, y una utilización de los tipos de la comedia del arte, siempre pintorescos y seductores, mesturados aquí con los personajes tradicionales de la comedia española. Cuando se pien-

sa que la unanimidad de la crítica la ha considerado lo mejor del teatro benaventino (juicio de carácter relativo), se busca una explicación: solo se justifica por la desoladora pobreza de la escena española a principios de siglo. Y por algo más: por la conspiración que trató de silenciar las voces, quizás más torpes del punto de vista dramático, pero más veraces, de un Pérez Galdós, sustituyéndolas por un teatro acomodaticio y digestivo.

La puesta en escena de Acevedo Solano hizo honor al tradicionalismo, y hubiera sido aprobada por Tamayo. Se acusó la pesadez y la verbosidad; se redujo el movimiento o se intentó una agilidad despegada del significado del texto; se abundó en los cromos dulzones, como la escena del jardín, donde se realizaron los horrosos versos que ni siquiera son de Benavente sino de un poetaastro de tercer orden; las pantomimas y contraescenas mudas carecieron de mínima gracia y fueron por lo mismo doblemente venenosas; no hubo un ritmo en la mayor parte de la obra, y sólo al final, en parte merced a una actuación de buena ley de Mautone se consiguió aligerar el espectáculo.

Los actores naufragaron en este desconcierto: es inexplicable por qué se dio a una mujer el papel de Leandro —no hay aquí tradición que valga si se enfrenta al más natural buen gusto— que Estela Castro hizo tan lavado y blanco como su traje. Horacio Preve se entregó a la evocación de Borrás con entusiasmo digno de mejor causa. Schinca fue el que padeció más por las pantomimas vergonzantes y Prous concedió a su caricatura todo el vozarrón. Y así los demás.

El primer escenario de Halty resultó gracioso y oportuno; el segundo empezó a parecer decoración de torta de bodas; el tercero era sin duda el panteón de los Tenorio. Pero en escenario y trajes —delicadísimo hasta romperse— había una concepción amable de la comedia que no correspondió con la plúmbea puesta en escena.



A. SOLANO  
se equivocó